

Violencia escolar

Perfiles psicológicos de agresores y víctimas

Fecha de recepción: 25/02/2010 - Aprobación: 05/04/2010

CÉSAR AUGUSTO SIERRA VARÓN

Resumen

Entre las instituciones educativas se establecen varios tipos de relaciones entre sus diferentes actores. Un tipo de relación es llevada a cabo a partir de conductas de violencia entre pares, para lo cual se requieren de dos actores: algunos niños son agresores y otros son víctimas. El presente artículo es producto de una revisión bibliográfica detallada sobre el tema de la violencia escolar y las características particulares que presentan tanto los niños agresores como los niños víctimas.

Estos actores de la violencia en los colegios, presentan ciertos rasgos de personalidad bastante similares y característicos, los cuales ayudan a establecer perfiles psicológicos de cada uno de ellos. Es de esta forma como se logran describir los rasgos de personalidad que presentan tales niños para que tal información contribuya a generar estrategias de intervención tanto en el nivel personal como grupal dentro de las instituciones educativas para contrarrestar dicho fenómeno.

Muestra también una problemática actual que viven muchas instituciones educativas nacionales e internacionales, para luego presentar una descripción de los perfiles psicosociales de los niños víctimas y agresores.

Palabras clave

Violencia escolar, víctimas, agresores, victimización.

Abstract

Within educational institutions various types of relationships between different actors are introduced. One type of relationship is conducted from violent behavior among peers, for which two actors are needed: some children are bullies and other children are victims. This product article is a literature review on the subject of serious school violence and the special characteristics of both children as perpetrators of child victims.

These perpetrators of violence in schools, have certain personality traits quite similar and characteristic, which help to establish psychological profiles of each. This way, it is possible to describe the personality traits that they present, so that information helps to generate intervention strategies, both on personal and on group levels within educational institutions, to counteract the phenomenon.

This paper presents a current problem faced by many educational institutions, both national and international, and then presents a description of the psychosocial profiles of child victims and aggressors.

Keywords

School violence, victims, bullying, aggressor.

Introducción

Tanto la escuela como la familia son contextos en los cuales se pueden presentar manifestaciones de violencia y maltrato infantil, ya sean estos comportamientos violentos entre pares o en dirección adulto-niño. Los castigos en extremo estrictos, los gritos, los insultos, las respuestas déspotas, la sobreprotección que limita la autonomía en los menores, son formas de maltrato infantil imposibles de medir, pero que se presentan diariamente en los hogares y en los centros educativos (Blanco, Docal y Villamizar, sf).

En la escuela es donde también se inician los procesos de socialización de los niños; las vidas sociales de los pequeños giran en torno a parejas exclusivas y estrechamente unidas, prevaleciendo muchas veces un espíritu comunitario. Los niños empiezan la formación de vínculos afectivos con los demás niños y se dan las relaciones de amistad entre ellos mediante la adopción de múltiples formas, ya que por ejemplo, un aspecto del entorno de las amistades es el estilo de interacción social que caracteriza a una determinada cultura o subcultura y es valorado por ella.

Reseña de autor

César Augusto Sierra Varón
(Politécnico Grancolombiano)
csierrav@poligran.edu.co

Psicólogo de la Universidad Javeriana, con conocimiento y experiencia práctica en áreas como Psicología Clínica y Educativa. Docente Facultad de Ciencias Sociales, Programa de Psicología del Politécnico Grancolombiano. Cátedras a cargo: Desarrollo y Clínica Infantil. Integrante del grupo de investigación "Comportamiento, Cognición y Neurociencias", bajo la línea de investigación "Violencia escolar", pertenecientes al Departamento de Investigación del Politécnico Grancolombiano. Planeación y ejecución de talleres-conferencias para padres de niños y adolescentes. Psicoterapeuta de niños y adolescentes. Asesor pedagógico en la autoría de textos de educación preescolar Editorial Creativa.

De esta manera se le da una gran importancia al contexto educativo, que es donde el niño también se desenvuelve en sus relaciones sociales y tiene que convivir con otros niños. Sin embargo, no todas las relaciones que tienen los niños con sus demás compañeros de escuela o de aula se presentan de forma pacífica, ya que entre ellos también se generan conflictos y en ocasiones la única salida ante la resolución de tales conflictos lleva implícito vías de violencia y agresión. Se sabe que este fenómeno de violencia puede adoptar niveles inmanejables con niños bastante agresivos, que maltratan con mucha frecuencia a otros compañeros suyos, que consideran como más "débiles".

La escuela es considerada como una de las instituciones sociales más importantes para el desarrollo de la sociedad, ya que en ella tienen lugar procesos de instrucción y de socialización, que al igual de los producidos en la familia o en el contexto cultural, responsables de la integración social de los jóvenes. Pero los propósitos que tengan los diferentes centros educativos en la formación de niños y jóvenes que se desenvolverán más adelante en una sociedad, no se lograrán solamente a partir de la transmisión de conocimientos ni del aprendizaje de contenidos curriculares, sino que también se requiere de una compleja red formada por los sistemas de relaciones personales y los procesos psicosociales de convivencia y comunicación que vayan articulando los procesos instructivos y socializadores (Ortega, 1997).

Se hace necesario, entonces, nombrar el contexto educativo para empezar a abordar el tema referente a la violencia escolar, ya

que es un fenómeno que se presenta con bastante frecuencia en los centros educativos, pero parece que en muchas ocasiones pasa desapercibido por el personal que allí actúa.

Sierra (2009), al citar a Mejía (1997).

Aún refiere que abordar el tema de la violencia escolar en Colombia, refleja ante todo un compromiso por parte de las instituciones educativas, siendo una realidad social compleja que afecta a nuestro país, el cual es definido por algunos como uno de los más violentos, a la vez que como país de contradicciones: de armonía y maltrato, de paz y de guerra, de alegría y de tristeza.

Angulo (2003), en su artículo “Violencia escolar, un fenómeno mundial”, menciona que durante los últimos años la preocupación aumenta por el creciente registro de hechos violentos y conflictos en las instituciones educativas. Tal fenómeno se encuentra trascendiendo fronteras, no distingue niveles de desarrollo de las naciones y es convertido en un asunto de la cotidianidad. Es posible suponer que las formas de expresión de dicho fenómeno varían de acuerdo con las condiciones sociales de cada centro educativo y el entorno social que rodea la institución (Sierra, 2009).

Nuestra sociedad convive con acciones violentas todo el tiempo y en todos sus contextos. Un contexto en el cual se observan muchas manifestaciones de violencia es el escolar. Sin embargo, penetrar en el tema de la violencia escolar no es tan fácil, por el hecho de que plantea una gran ambivalencia: por un lado, no es un tema que se encuentre muy bien precisado, su uso es generalizado, muy amplio y sin especificaciones. Por otro, porque en la escuela, la problemática de la

violencia es muy poco trabajada, conllevando con esto a no reconocer su existencia, ni reflexionar sobre ella. Es difícil delimitar el problema por el hecho de que no todo lo que pasa en la escuela es violencia, pero tampoco se puede pensar que allí no pasa nada violento (Camargo, 1997).

Fundamentación bibliográfica

La violencia en la escuela se entendía, y se sigue entendiendo con bastante frecuencia, como resultante de una violencia de la escuela. Una idea que frecuentemente es compartida por la comunidad educativa, es que la violencia en los centros educativos es muchas veces reactiva (Debarbieux, 1997). Se observa con esto uno de los prejuicios que se tiene sobre este fenómeno, en relación a que los comportamientos violentos de muchos de los alumnos son llevados al contexto escolar provenientes de otros ámbitos de socialización, excusando con esto cualquier influencia por parte de la escuela hacia la generación de este tipo de comportamientos. ¡La escuela nada tiene que ver!

Por esta razón, es necesario involucrarse en una problemática que, aunque en muchas ocasiones no se conviva directamente con la violencia en el contexto escolar, no podemos dejar que pase desapercibida una situación que se presenta aunque en diferentes grados y no en todas las instituciones con la misma intensidad. Los niños reproducen muchas veces en la escuela todo tipo de violencia circundante y ellos la imitan y juegan con ella, siendo un patrón común el hecho de que estos niños también son maltratados por sus padres en sus hogares y, por lo general, los más violentados son los más violentos en la escuela (Valdés, 1991).

Abordar el tema de la violencia escolar en Colombia, refleja ante todo un compromiso por parte de las instituciones educativas, siendo una realidad social compleja que afecta a nuestro país, el cual es definido por algunos como uno de los más violentos, a la vez que como país de contradicciones: de armonía y maltrato, de paz y de guerra, de alegría y de tristeza.

Como lo menciona Angulo (2003), al referirse al nivel cultural que se juega en los centros educativos, la escuela no puede verse ajena al mundo que la rodea y las cosas que suceden en el contexto social del cual hace parte, ya que esto puede incidir considerablemente en la vida de los individuos que hacen parte de la comunidad educativa. Tales circunstancias pueden promover manifestaciones de violencia y escalonamiento de los conflictos, siendo posible su presencia especialmente en aquella población vulnerable como lo es la niñez y la juventud.

Sierra (2009), menciona que en los niños se suelen presentar conductas de imitación, y por consiguiente, imitan varias cosas consideradas como buenas y como malas. Por tal razón, es posible encontrar alumnos de cierta edad con tendencias inadecuadas e indisciplinados en la escuela; por ejemplo, el hecho de empezar a hacer justicia por su cuenta. Si los niños observan por influencia de los medios tales conductas así como también en el ambiente callejero en el que se desenvuelven, se puede observar que ante un conflicto con algún otro compañero, ya no verán necesario acudir al maestro y plantear su caso, sino que ellos mismos ejecutan la acción y se cobran del mal que les causaron (Parra et ál., 1994).

De esta forma, tales hábitos de solución de conflictos por la vía de la aplicación de la “justicia privada”, puede ser llevada a la escuela, ya que dichas relaciones son aprendidas y ejercidas en el ámbito extraescolar y se pueden presentar o manifestarse dentro de la escuela mediante expresiones tales como: “a la salida nos vemos, sapo”; y se generan con esto conductas de amedran-

amiento e intimidación hacia otros escolares. Al parecer en lo extraescolar reina otro tipo de normas, se establecen otros criterios de autoridad; la calle se torna un lugar en el que se purgan las culpas, se pagan las deudas; la autoridad es más difusa y se da mayor evasión de responsabilidades (Medina, 1991).

La violencia tiene muy diversas formas de manifestarse. Formas que pueden ir desde el simple desconocimiento por algún alumno cuando no responde a una pregunta, hasta el golpe de autoridad, el uso del conocimiento y la edad para someter a otros, la pretensión de subyugar a los aparentemente más débiles a una voluntad ajena a sus deseos, etcétera. En fin, en la cotidianidad de la vida escolar es posible encontrar un enorme diapazón de acciones agresivas y violentas (IDEP, 1999).

Muchos de los comportamientos violentos se encuentran en las relaciones interpersonales presentes en el campo educativo, pero la problemática aumenta cuando los conflictos y su resolución son presentados a través del ejercicio de la autoridad, del castigo, etc., conllevando a que en el aula de clases se presente mucha tensión, que muchas veces los maestros no saben resolver (Sierra 2009, citando a Ochoa, 2000).

Un artículo de la revista Semana llamado “Juegos peligrosos” (Anónimo, 1997: 36), plantea como subtítulo la siguiente frase “El aumento de la violencia escolar tiene en alerta amarilla a profesores y a padres de familia”. Parece que el estado de alerta fue generado por el episodio relatado en el mismo artículo en el cual se menciona que una jovencita de secundaria, fue apaleada por cinco compa-

ñeras por un asunto de celos. Esto ocurrió en uno de los más prestigiosos establecimientos educativos de Bogotá. En realidad, la situación es bastante grave, ya que este no es el único caso que se ha generado como casos de violencia escolar.

Casos más graves se pueden encontrar en eventos en los que la violencia escolar adopta la forma de tiroteos en la escuela (*"School shootings"*), problemática que se ha divulgado a partir de ciertos casos ocurridos en Estados Unidos y en la Comunidad Europea (Sierra, 2009, citando a Ruiz, 2002).

El tema de la violencia en las escuelas no es nuevo, pero la novedad radica en las actuales y diversas formas de presentación. A través de los medios de comunicación se han difundido en los últimos años una serie de actos de violencia que presentan al parecer características comunes entre sí, pero diferentes respecto a la modalidad empleada de agresión.

El periódico español El País, en su edición electrónica del 27 de abril de 2002 recoge varios hechos de manifestaciones de violencia de los que se pueden mencionar los siguientes: Gran Bretaña: "13 de marzo de 1996. Thomas Hamilton irrumpe con cuatro pistolas automáticas en un colegio de Dunblane, en el centro de Escocia, y mata a dieciséis niños y a su maestra. Se suicida tras el ataque". Alemania: "16 de marzo de 2000. Un joven de 16 años mata de un disparo en la cabeza al director del internado del que había sido expulsado en Brannenburg, y después intenta suicidarse" (Ruiz, 2002).

Los diferentes estudios llevados a cabo sobre el tema, no autorizan a formular gene-

ralizaciones de ningún tipo. Sin embargo, se puede mencionar que las conclusiones ponen de manifiesto al menos tres componentes: el primero se refiere a que los fenómenos de conductas antisociales de los alumnos tienen raíces muy profundas en la comunidad social a la que las escuelas pertenecen; el segundo se refiere a que se observa claramente que los episodios de violencia no deben considerarse como simples eventos aislados que ocurren en forma espontánea como si fueran meros "accidentes"; y el tercero, hace referencia a que las distintas manifestaciones de comportamientos antisociales en las escuelas ocurren con más frecuencia de lo que se piensa y conllevan consecuencias personales, institucionales y sociales de gran gravedad (Organización de Estados Iberoamericanos, OEI, 1999).

La violencia: un fenómeno educativo

En apariencia, y para muchas personas, la violencia social es percibida como la única. En particular, rara vez se puede generar conciencia en el ámbito educativo que la violencia tiene una existencia en dicho contexto. Esto no se hace consciente, no es un tema de reflexión y muchas veces se niega su existencia. Ubican el fenómeno de la violencia fuera del contexto escolar. Resulta, sin embargo, que en la escuela misma se pueden observar conductas de tipo violento, tales como muertes, amenazas o boleteos, así como también comportamientos agresivos hacia otros. Es indispensable empezar a asumir la violencia como fenómeno de importante reflexión en la institución educativa (Camargo, 1997).

En las escuelas primarias o secundarias los alumnos pueden adquirir comportamientos de manera cívica o de manera

La violencia no es solamente un problema que afecta a los individuos que la practican, ya que enfrente de este sujeto malhumorado, insensible y cruel se encuentra siempre otra persona que sin quererlo, se convierte en víctima (Ortega y Mora-Merchán, 1997: 7).

antisocial, siendo estos últimos manifestados por conductas como la intimidación, el acoso sexual y la violencia; y manifestándose en forma física o psicológica. En muchos países se ha despertado un creciente interés respecto a tales comportamientos antisociales que se presentan entre los propios alumnos. Por esta razón, la invitación consistiría en invitar al personal que labora en el campo educativo a tomar conciencia y no desmentir este tipo de conductas ni dejar que pasen desapercibidas (Mooij, 1997).

Por su parte, Ortega y Mora-Merchán (1997), refieren que el maltrato entre escolares es un fenómeno que se debe estudiar atendiendo a multitud de factores que se derivan de la situación evolutiva de los protagonistas, de sus condiciones de vida y de sus respectivas perspectivas de futuro. Es importante, además, no eludir el análisis del plano concreto en el que la violencia tiene lugar; es decir, el ámbito de la convivencia diaria de sus protagonistas, que se observa concretamente en el tipo de relaciones afectivas que se presentan en el proceso mismo de su actividad académica y de sus sistemas de poder y de comunicación.

Esta reflexión debe ser propuesta por el hecho de que la escuela es un espacio de socialización, entendiendo por dicho término el movimiento permanente de producción y construcción de sentido (Daza, 1995), en el cual se van a involucrar unos roles sociales que conllevan a unos alumnos a ser los más fuertes y a otros a ser los más débiles, siendo estos últimos humillados, golpeados o maltratados por los primeros.

De igual forma, uno de los esquemas que se aprenden en el ámbito de los iguales es el de “dominio-sumisión”. Dicho esquema es un

matiz de poder y control interpersonal que se practica inserto en el proceso natural de socialización y debe ser explorado en forma adecuada, ya que, si no se hace de esta forma, es posible que los alumnos que se encuentren a expensas de ataques de otros compañeros que se sienten más fuertes y más hábiles, pueden ser sometidos en un sistema social que incluye el poder social sobre el otro (Ortega, 1997).

El “matoneo”: abuso del más fuerte hacia el más débil

La violencia no es solamente un problema que afecta a los individuos que la practican, ya que enfrente de este sujeto malhumorado, insensible y cruel se encuentra siempre otra persona que sin quererlo, se convierte en víctima (Ortega y Mora-Merchán, 1997: 7).

Sierra (2009), relaciona lo anterior con el término “matoneo”, y este es entendido como “cualquier tipo de maltrato que ejerce una persona sobre otra, convirtiéndola casi en sumisa”. El tipo de matoneo que más ha llamado la atención es el maltrato ejercido por unos niños hacia otros, aunque no sea esta la única forma de matoneo. El matoneo se reconoce “cuando un niño grande y fuerte, golpea a un niño más pequeño” (Marland, 1997: 227), es el abuso del más fuerte hacia el más débil, teniendo en cuenta que no siempre, ser “fuerte” significa mayor fuerza física, sino también está relacionada con el sentido de poder y, por lo general, poder ejercido por el placer que le da a quien lo ejerce (Yorke, 1997).

El matoneo siempre ha existido. En algún momento hemos recordado historias en las que se cuentan casos de muchachos que han chantajeado, han golpeado a otros, les quitaban las meriendas a los más peque-

ños o se encontraban a la salida de la escuela para golpear a alguien. Lo que se observa es que hoy en día, los hechos son cada vez más peligrosos (Mejía, 1999). Se ve que las riñas ya no se presentan con solamente golpes o insultos, sino como lo dice Mejía (1999), en su artículo “Matoneo en la escuela”, los muchachos ahora tienen acceso a las armas y van armados a la escuela, convirtiéndose poco a poco en amenazas para los otros compañeros y para sus maestros.

Muchos alumnos, tanto niños como niñas sufren del matoneo, siendo este hecho muy significativo para ellos por parte de sus compañeros de colegio, o por los de su mismo curso (Marland, 1997). Este matoneo, puede conllevar a consecuencias como por ejemplo el rompimiento de grupos de amistades, por la modalidad oral, como en el caso que postula Marland (1997) en un artículo, el cual dice que una niña peleó con su amiga y luego incitó a todas las demás compañeras a que la maltrataran.

Es importante tener presente que, aunque muchos niños son víctimas del matoneo, no todos se convierten en víctimas constantes, sino que se resisten a ello. Para aclarar qué es lo que sucede con los niños que se convierten en víctimas, es necesario examinar su mundo interno, sus conflictos, fantasías y defensas para tratar de comprender éste aspecto en relación a la matonería. Un ejemplo de esto podría verse mediante el reflejo de las relaciones con los padres, ya sean estas buenas o malas, las cuales se verán reflejadas en las conductas de estos niños. Este fenómeno del matoneo, es un problema que probablemente los maestros lo observen, pero quizás no sea correctamente comprendido (Rodríguez, 1997).

Sierra (2009) menciona otro término para referir el fenómeno –similar al de “matoneo” es el de *bullying*–. Con este término se refiere a conductas o situaciones de acoso e intimidación de un alumno o alumnos hacia otro u otros alumnos. A su vez Olweus (1993), citado por Ortega y Mora-Merchán (1997), se encuentra que la victimización es una conducta que conlleva persecución física o psicológica de un agresor hacia otro niño, quien se convierte en víctima en repetidos ataques. La situación se torna tan complicada para el niño víctima que le es bastante difícil salir por sus propios medios.

La victimización y la intimidación

En el estudio investigativo de Mooij (1997), sobre dicho fenómeno de victimización, los maestros mencionan que un 8 por ciento de los alumnos son ocasionalmente víctimas de intimidación o violencia de otros alumnos. Un 7 por ciento de los alumnos ocasionalmente intimidan a otros o usan violencia física contra ellos. Un 18 por ciento exhiben conductas perturbadoras en clase.

La intimidación y la victimización entre escolares son procesos de gran complejidad que se producen en el marco de las relaciones interpersonales y con gran frecuencia en el contexto escolar, donde muchas veces el problema se agranda progresivamente, generando graves repercusiones a mediano y largo plazos para los implicados. Las víctimas manifiestan una alta probabilidad de ocurrencia en años posteriores de inadaptación social y fracaso escolar. Los agresores por su parte, pueden llegar a verse implicados en contextos de delincuencia juvenil (Ortega y Mora-Merchán, 1997).

Es bastante frecuente encontrar situaciones de peleas en los centros escolares entre los niños, y estas situaciones pueden ser controladas por lo general por los profesores u otros estudiantes implicados. Sin embargo, en una proporción más reducida de escuelas la violencia es más o menos un problema recurrente, que afecta no solamente el ambiente de la escuela, por el hecho de que ciertos niños temen ser víctimas de tales ataques violentos, sino también el aspecto académico, ya que las clases se pueden ver interrumpidas y la motivación de los estudiantes por la escuela disminuye considerablemente (Campart y Lindström, 1997).

Parodi (1999: 80) hace mención a lo que se evidencia en el proyecto llamado “Pléyade”, sobre lo que los niños y las niñas cuentan sobre temas como la violencia, el maltrato y los caminos para la paz, en el cual, uno de los datos que más le sorprende, es que los niños, contrario a lo que se pensaba, dicen que sus compañeros son muy agresivos, peleones, groseros, roban, no comparten, no dialogan, “los más grandes nos patean”, incluso uno de los niños dijo: “No me gusta ir a la escuela por miedo a mis compañeros”.

A muchos de los alumnos que son sometidos a intimidación violenta por parte de otros compañeros en la escuela, la convivencia diaria en este sitio, se torna en un infierno, adquiriendo características de personalidad ansiosa e insegura, y por no intentar enfrentarse con sus agresores, optan por no desear asistir al colegio prefiriendo plantear varias excusas para quedarse en casa. Son varios los efectos que pueden surgir en estos niños víctimas de agresiones constantes, tales como disminución en la concentración y rendimiento en

sus tareas, se llenan de temores, –intentándolos disimular–, se sienten con una debilidad social, y poca capacidad de afrontar las relaciones interpersonales, su autoestima se devalúa al igual que la imagen de sí mismos.

En el otro extremo estarían los niños agresores quienes agraden a los demás impunemente, y estos se socializan con una conciencia de clandestinidad e impunidad que afecta gravemente su desarrollo socio-personal. Se va convirtiendo poco a poco en una persona para quien las normas no tienen mayor relevancia y tienden a saltárselas y a no cumplirlas, abusan de los demás. Esto, a su vez, les va deteriorando su desarrollo moral y aumentando el riesgo de acercamiento a la precriminalidad (Ortega, 1997).

Ruiz (2002) menciona en su conferencia sobre “Violencia armada en las escuelas”, un estudio llevado a cabo en Bidwell, en donde los datos refieren que en estudiantes de secundaria irlandeses el fenómeno del *bullying-victim*, es decir, esta forma de intimidación o matoneo, había sido experimentada al menos una vez, por el 68 por ciento de los sujetos y algunas o muchas veces por el 37 por ciento.

Algunos de los ejemplos de situaciones que conllevan el fenómeno “*bullying*” en la escuela, pueden ser los siguientes: se puede observar esta situación cuando un niño o niña opta por insultar a su compañero o compañera, se burla de él o ella, lo amenaza, le lanza cosas, es golpeado o golpeada y les dice a los demás compañeros que no se junten con él o con ella.

Otro ejemplo puede ser cuando en cualquier lugar de la escuela, un grupo de escolares toman a otro grupo como obje-

tivo de sus ataques, los cuales se basan en burlas hacia su aspecto personal, se ríen de ellos, les dicen a los demás que no les vuelvan a hablar para que no tengan amigos ni amigas, los acusan de algo siendo mentira, etcétera. Después de dichos actos, pueden decir que los realizan como un juego y que no era en serio, a pesar de lo molesto e incómodo que puede resultar para las víctimas de tales ataques. Muchos otros ejemplos pueden ser mencionados, ya que estos dos no son los únicos que actúan en el escenario de la escuela (Anónimo, s.f.).

Un ejemplo específico y personal presenta Olweus (1998), al citar historias que han aparecido publicadas en la prensa; se menciona el siguiente caso:

Johnny, un niño tranquilo de 13 años, fue un juguete de sus compañeros de clase durante años. Los adolescentes le importunaban para que les diera dinero, le obligaban a tragar hierbajos y a beber leche mezclada con detergente, le golpeaban en la sala de recreo y le ataban una cuerda al cuello, para sacarle a pasear como a un “perrito”. Cuando se preguntó a los torturadores de Johnny sobre sus intimidaciones, dijeron que perseguían a su víctima porque “era divertido”.

La revista *Semana*, por su parte (Anónimo, 1997), en un artículo publicado con el título de “Juegos peligrosos”, menciona el caso de una jovencita de secundaria que fue apaleada sin misericordia por cinco compañeros de uno de los establecimientos educativos más prestigiosos de Bogotá por un asunto de celos.

Otro hecho en relación con conflictos entre novios, que conllevan celos, se puede observar en el caso presentado en una

institución educativa del sur de Bogotá, cuando al finalizar una jornada escolar en horarios de la mañana, a la salida del colegio, a media cuadra de distancia de este, se encontraba una joven acompañada de un grupo de varias jovencitas, esperando a una de las alumnas de dicha institución para apuñalearla, debido a que la alumna estaba saliendo con el novio de la joven que la apuñaleó (Noticias RCN, 1998).

Por otra parte, como consecuencias de este tipo de victimizaciones, Ericson (2002), citado por Ruiz (2002), señala que el fenómeno *bully-victim* tiene efectos tanto en el victimario como en las víctimas. Estas últimas experimentan como consecuencia de los agravios de los pares, humillación, inseguridad y pérdida de la autoestima, lo que les puede llevar a tener miedo a asistir a la escuela, y puede aumentar el riesgo de sufrir depresión y otros problemas de salud mental, que puedan llevar a un alto riesgo de presentarse situaciones de suicidios.

Los niveles de ansiedad y la baja autoestima por parte de los alumnos víctimas de ataques de otros compañeros, genera una gran preocupación en los profesores, y este hecho da pie para iniciar una discusión con un cierto matiz de urgencia. Se señala entonces con firmeza la responsabilidad que los adultos tienen de intervenir cada vez que un niño agresor trata de amedrentar o atropellar a sus víctimas (Rodríguez, 1997).

Nuevas modalidades de agresión

Aunque son muy pocos los casos extremos de violencia escolar que se presentan en nuestro país, de igual manera, muchos de los colegios de estratos altos, empiezan a

La violencia ejercida sobre las personas o estudiantes en el ámbito educativo, conllevan muchas consecuencias tales como la desconfianza en sí misma, la baja autoestima, está involucrada tanto en el agredido como en el agresor, ya que un agresor logra sentirse mucho mejor humillando a otros, ya sea basándose en la fuerza bruta o mediante la intimidación psicológica (Rodríguez, 1997).

observar con preocupación nuevas modalidades de juegos y prácticas que se presentan en las instituciones con altas dosis de agresividad. Un ejemplo de tales prácticas es el “secuestro”, que consiste en que un grupo de muchachos le paga a otro para que “secuestre” a un compañero por el cual no sienten simpatía, y que lo lleven a un lugar apartado, donde los que dan el dinero por este hecho, lo puedan golpear a gusto y a escondidas de sus maestros (Anónimo, 1997).

En el ámbito escolar, podemos encontrar los siguientes tipos de maltrato, definidos en el artículo de Mejía (1997):

Físico: el cual se refiere a toda forma de agresión infligida por parte de una persona hacia otra, producida por el uso de la fuerza física no accidental. Entre estos se pueden presentar comportamientos como golpear a otros o el abuso sexual.

Psicológico o emocional: este se genera por varios motivos, entre ellos la ausencia de afecto, esencial para el desarrollo psicoafectivo. También se puede presentar por una sobreprotección. Otras formas del maltrato psicológico, podrían ser: el desconocimiento por el otro, la humillación ante los demás, la burla, el desprecio, los insultos, el regaño y el uso de la autoridad para amedrentar o someter.

Negligencia o descuido: esta se refiere a la privación de las necesidades básicas cuando pueden ser brindadas (asistencia médica, cuidado protección, etc.), con el fin de garantizar al estudiante un desarrollo biopsicosocial normal.

La violencia ejercida sobre las personas o estudiantes en el ámbito educativo, conllevan muchas consecuencias tales como la desconfianza en sí misma, la baja autoestima, está involucrada tanto en el agre-

dido como en el agresor, ya que un agresor logra sentirse mucho mejor humillando a otros, ya sea basándose en la fuerza bruta o mediante la intimidación psicológica (Rodríguez, 1997). De igual modo, se sienten desconcertados por causa de su angustia, recurriendo a toda clase de estilos de adaptación inadecuados como por ejemplo contestar “no lo sé”, al preguntársele sobre sus problemas, trayendo como consecuencia una nueva dificultad para trabajar sobre el problema de los violentos en la escuela. En otros casos recurren al abandono de la escuela, al autoaislamiento con los demás, la soledad, etcétera.

La tarea de abordar el problema de la violencia escolar no es fácil, así como tampoco lo es el hecho de aceptar que no hay una solución sencilla referida a los problemas de baja estima o similares, pero sí es necesario recordar que existen familias con patrones de amedrentamiento y violencia. Los colegios podrían al menos ofrecer la posibilidad de generar fuentes alternativas de autoestima y enseñar diferentes modelos de relación. Teniendo en cuenta, además, que en el manejo de los alumnos violentos, la actitud de tratar de aumentar su culpabilidad es poco productiva y solamente sirve para rebajar aún más su autoestima, perpetuando de nuevo el círculo vicioso en el cual estos muchachos tratan de sentirse mejor al humillar a otros mediante la fuerza bruta o por medio de la intimidación psicológica (Rodríguez, 1997).

Salidas y vacíos

La sociedad puede prevenir y remediar la aparición de estos síntomas de conductas violentas tan preocupantes y lograr que no se perpetúen, mediante la potenciación de los contextos educativos formales, creando

entornos que permiten llevar a cabo relaciones interpersonales basadas en la formación de personas generosas, comprensivas y tolerantes (Trianes y Muñoz, 1997). La institución ya no puede ser pensada como la ordenación encargada de dotar a los sujetos que acuden a ella de las competencias suficientes para la interacción, reproduciendo la interacción social, sino vista como una producción de sentido capaz de crear y conformar el ordenamiento de lo social (Daza, 1995).

La realidad del fenómeno de la violencia escolar es muy compleja, ya que se cruzan diversos factores. Por tanto, la investigación y el análisis sobre dicho fenómeno son aún muy precarios, así como también las respuestas educativas son igualmente distintas. No es posible afirmar que exista un buen y adecuado paradigma conceptual desde el cual llevar a cabo una buena interpretación de tal fenómeno en toda su dimensión, la naturaleza social y psicológica del problema (Fernández, s.f.).

Como se ha venido mencionando, una de las consecuencias grandes que puede generar el fenómeno de amedrentamiento entre escolares, es el de la baja autoestima en las víctimas. Se sabe que no es fácil una solución ante dicho problema, sin embargo, como recalca Rodríguez, (1997), es necesario recordar que, en especial en situaciones donde patrones de amedrentamiento han existido en las familias en el curso de varias generaciones, las instituciones educativas podrían al menos ofrecer fuentes alternativas de autoestima y enseñar diferentes modelos de relación.

Este autor, también resalta el hecho de que se considera importante tener en cuenta en el manejo del niño agresivo, una actitud de no tratar de aumentar su culpabilidad

que es con frecuencia poco productiva, y a fin de cuentas, únicamente sirve para rebajar aún más su autoestima, lo cual perpetúa de nuevo el círculo vicioso en el cual este niño agresivo intenta sentirse mejor humillando a otros mediante el uso de la fuerza bruta o por la intimidación psicológica.

Al parecer, en la reflexión y estudio de la violencia escolar hay grandes vacíos aún, y una de las razones explicativas para este hecho, por parte de la escuela, sus actores e investigadores, tiene que ver con una ceguera no siempre intencional. Es decir, existe una tendencia a negar o no querer ver la violencia que, posiblemente, cada uno reproduce de la sociedad o aquella a la que se contribuye a generar en la institución educativa. Únicamente se observan los casos extremos, que conllevan muertes, homicidios, crímenes y masacres, o la que se expresa por medio de secuestros. En general, se observa solamente la violencia social, pero es poco lo que se la cuestiona en las instituciones educativas y en las relaciones a su interior. Ello sucede no solamente porque no se quiera verla, sino porque tampoco es fácil observarla (Camargo, 1997).

Son varias las ocasiones en donde es posible observar que las relaciones en la escuela generan actitudes de competencia en los estudiantes, ya que las diversas circunstancias de las personas que allí se desenvuelven, se cruzan, a veces aplastando a los otros –si se requiere– para sobrevivir en un mundo donde la competencia es el factor determinante. Competencia de todo orden, del orden de lo intelectual, de lo físico, del poder, de lo económico, de lo social, etcétera (Mejía, 1999).

Se considera de vital importancia para la sociedad conocer si la escuela contribuye efectivamente a inducir a sus alumnos al

desarrollo del conocimiento, así como también de la ciencia, la tecnología y la cultura y ver cómo lo hace. También es importante indagar sobre su capacidad de influir en la formación de valores éticos y ciudadanos y, además, que se trate de establecer alguna relación entre la función que cumple la escuela y los aspectos individuales del desarrollo humano (Cajiao, 1996).

Aunque en el ambiente escolar se presenten situaciones de malestar, de maltrato y de violencia, y allí se produzca un ambiente con estructuras de pensamiento autoritario que caracterizan a nuestra sociedad y estas hagan parte de los modelos educativos que muchas veces fomenta la violencia, en sus formas física, verbal, psicológica o social. Se confirma que la violencia y el maltrato no constituyen únicamente una responsabilidad de la escuela y que es pertinente solo en el ámbito de lo “privado”; sino que, además se tiene de frente un problema de mayor envergadura, en el que aparte de la persona, la familia, la escuela y las comunidades, está comprometida la sociedad en general, siendo responsabilidad de todos, comprometerse en procesos que conlleven de manera creativa y transformadora, a un mundo de relaciones más tolerantes y responsables (Armenta, 1999).

Hacia una educación responsable

En efecto, la educación juega un papel muy importante en la formación de los niños y los jóvenes en nuestro país, y es un contexto muy importante en donde se juegan procesos de formación en la socialización de sus educandos. Sin embargo, el papel que juega también el educador es fundamental, ya que se necesita del compromiso de los maestros, para generar una educación responsable y con miras a un mejor futuro.

Por tal razón, el educador debe ser consciente de su papel y creer con convicción en su labor diaria, pues solo así puede darle sentido educar en forma positiva, como un acto de fe en el futuro, y sienta que su labor repercutirá más adelante en las formas de socialización que vayan a tener sus alumnos. A su vez, los maestros tienen que tener en cuenta que la disciplina es producto de generar formas de acción participativas en actividades bien planeadas. Igualmente, se conoce que los valores se promueven en la vida diaria y no solo en teoría (Ruiz, 2002).

De igual importancia se considera necesario recalcar que para proponer alternativas de tratamiento para contrarrestar el fenómeno de la violencia y los conflictos en los centros escolares, Angulo (2003) recomienda que se debe resaltar como gran necesidad, considerar la realidad socioeconómica y cultural de cada centro educativo. Teniendo en cuenta dicha realidad, y partiendo de esta se aconseja realizar un diagnóstico particular de la situación de conflicto y violencia que puede vivirse en el plantel.

Hurrelman (1990), citado por Funk (1997), diferencia dos dimensiones en la intervención sobre la violencia escolar: en primera instancia se encuentra el aspecto personal (preventivo y correctivo), es decir, que por un lado estaría la intervención que se realiza antes de que se presenten los hechos de violencia y, por otro, la correctiva, donde estarían las propuestas de intervención que se realizan una vez manifestada e identificada la problemática. Y, segundo, el lado objetivo (personal y social). Las medidas de tipo personal que este autor propone, hacen referencia a medidas de tipo preventivo-personal, las cuales son “el apoyo al rendimiento, el fomento de las capacidades sociales y el ase-

soramiento escolar”. En el ámbito social, las que propone son: “la mejora del ambiente social en la escuela, la configuración transparente y equitativa de las oportunidades y la estructuración de las posibilidades de participación”.

Es importante ser realista y no llegar a proponer fórmulas mágicas y utópicas en los centros educativos sin tener en cuenta ningún tipo de contextualización de la realidad social del centro educativo y su entorno. Es posible la implementación de algunos mecanismos de abordaje para una mejor convivencia escolar y más democrática. La insistencia recae sobre los diálogos y la creación de canales de comunicación que sirvan de motor generador de una mejor convivencia escolar (Angulo, 2003).

Con lo anterior, se pretende presentar una revisión muy generalizada de lo que se refiere al fenómeno de la violencia escolar y lo que esto conlleva, por ejemplo el fenómeno, del matoneo, del *bullying-victim*, de la intimidación y la victimización. De igual manera se menciona el posible papel que puede jugar la escuela y el sistema educativo en la resolución, análisis e intervención de este fenómeno. Es importante aclarar que los alumnos protagonistas tienen ciertas particularidades comunes, tanto las víctimas como los niños agresores; por tal razón, se pasará a brindar una breve revisión sobre los posibles perfiles que pueden tener estos protagonistas de la violencia en las escuelas y las características que pueden identificarlos.

Algunas investigaciones sobre perfiles de víctimas y agresores

El problema de la violencia no solo se reduce a generalidades. En todos los salones se

encuentran niños que ejercen su liderazgo por ser los más violentos, los “chachos” como los llaman, y con los cuales “no se mete nadie”. Por lo general estos niños son los que más problemas familiares y sociales padecen y necesitan una buena dosis de agresividad (Valdés, 1991).

Para empezar con este tema es necesario mencionar a un autor que ha analizado ciertas características de los niños que son víctimas de agresiones y de los que cometen dichas agresiones contra otros compañeros. Ese autor, es Dan Olweus (1998), quien plantea varias características con respecto a los niños que son víctimas y tiene en cuenta diferentes categorías.

En primer lugar, se puede mencionar la influencia de la variable “género” en relación con los niños afectados por la violencia escolar. Según los datos de la investigación de Olweus, existe una tendencia a que los niños estén más expuestos al acoso que las niñas.

Sierra (2009), al citar las categorías que plantea Dan Olweus, refiere que

las víctimas típicas, son por lo general alumnos más ansiosos e inseguros que los demás. Suelen ser cautos, sensibles y tranquilos, cuando se sienten atacados, normalmente reaccionan llorando y alejándose (en especial en grados más inferiores). Padecen de una baja autoestima con una opinión negativa de sí mismos y de su situación. Con frecuencia se consideran fracasados, estúpidos y avergonzados. En los colegios se les observa solos y abandonados, casi no tienen ni un solo buen amigo en su clase, no muestran conductas agresivas ni burlonas, de lo cual se infiere que el acoso y la intimidación no se puede explicar por las provocaciones que las propias víctimas pudieran someter a sus compañeros.

“Las víctimas típicas, son por lo general alumnos más ansiosos e inseguros que los demás. Suelen ser cautos, sensibles y tranquilos, cuando se sienten atacados, normalmente reaccionan llorando y alejándose (en especial en grados más inferiores)”.

Estos niños, también suelen tener una actitud negativa frente a la violencia y el uso de medios violentos. Si se trata de niños, lo más probable es que se vean más débiles que los otros en general. A este grupo de víctimas, el autor los clasifica como víctimas pasivas o sumisas. Niños que no responderán al ataque o al insulto. También se caracterizan por un modelo de ansiedad y de reacción sumisa combinada con una debilidad física (Sierra, 2009).

En este tipo de víctimas, el hostigamiento repetido por parte de los compañeros, es lo que posiblemente genera en ellos su alto grado de ansiedad, inseguridad y en general la valoración negativa que hacen de sí mismos. De igual forma, estos niños tienen con sus padres –especialmente con sus madres– un contacto más estrecho y unas relaciones más positivas que otros niños en general. Para algunos maestros, dicha relación constituye una sobreprotección por parte de las madres.

Encontramos además que Olweus plantea que existe otro tipo de víctimas, a saber, las “víctimas provocadoras”, quienes son unos niños con unas características de personalidad particulares: son muy ansiosos y presentan reacciones de tipo agresivo. En cuanto a la concentración, tienen ciertas dificultades y con sus comportamientos causan irritación y tensión en los demás.

Algunos de estos niños pueden presentar problemas de hiperactividad. Con sus comportamientos provocan a otros niños de la clase. Al igual que las víctimas pasivas, estos niños también pueden ser más débiles físicamente que sus compañeros. Su temperamento se torna malhumorado en varias oca-

siones, si pueden pelear o responder cuando se les ataca o se les insulta, pero normalmente no obtienen una respuesta ineficaz. Presentan problemas de comportamiento como inquietud, son dispersos y ofensivos y de costumbres irritantes, es posible que provoquen el disgusto activo de los adultos, incluidos los profesores y pueden intentar agredir a otros escolares más débiles (Sierra, 2009).

Al continuar con la clasificación de Olweus se menciona entonces las características de los niños agresores. Son unos niños que se caracterizan por su belicosidad hacia otros niños, aunque a veces también lo hagan con los adultos. Su actitud presenta una mayor tendencia hacia la violencia y el uso de medios violentos que los demás alumnos. Pueden ser impulsivos y les gusta dominar a los demás, no muestran mucha o ninguna simpatía con las víctimas de sus agresiones. Aunque manifiestan problemas de autoestima, suelen tener una opinión positiva de sí mismos. En su aspecto físico, pueden ser más fuertes que sus víctimas.

En común opinión de psicólogos y psiquiatras, son niños que, aunque adopten modelos de conducta agresivos y bravucónes, de hecho esconden bajo la superficie una personalidad ansiosa e insegura. También es necesario mencionar que existen alumnos que aunque son agresivos y participan en las intimidaciones hacia los otros, normalmente no toman la iniciativa. A estos alumnos, se los clasifica como “agresores pasivos, seguidores o secuaces”. Son alumnos que se suelen rodear de un grupo de compañeros que les apoyan y parecen simpatizar con ellos.

Características de los niños agresores

En relación con los aspectos psicológicos de estos niños, Olweus plantea tres posibles

motivos basado en sus investigaciones. En primer lugar, estaría el hecho de que quienes intimidan y acosan sienten una necesidad imperiosa de poder y de dominio, parecen disfrutar cuando tienen el “control” y necesitan dominar a los demás. En segundo, al considerar las condiciones familiares en las que se encuentran estos niños, se puede suponer que han desarrollado cierto grado de hostilidad hacia el entorno, y tales sentimientos pueden llevarlos a sentir satisfacción cuando producen daño y sufrimiento a sus compañeros. Y, en tercer término, se encuentra el componente del beneficio que consiguen con sus comportamientos, ya que, los agresores con frecuencia obligan a sus víctimas a que les den dinero, sus onces y otras cosas (Sierra, 2009).

En general, estos niños que agreden o intimidan a los demás y suelen participar en actividades tales como gastar bromas desagradables en repetidas ocasiones a sus víctimas, les llaman por apodos, los insultan, los ridiculizan, los desafían, los denigran, los amenazan, les dan órdenes, les dominan y subyugan. Molestan a sus víctimas, los empujan, acobardan, pinchan, los golpean y les dan patadas, los envuelven en peleas y discusiones en las que se encuentran indefensos, les quitan los libros, el dinero, y sus pertenencias se las pueden romper o tirar lejos. Pueden comportarse así con muchos alumnos, pero por lo general escogen a los más débiles y relativamente indefensos.

En relación con las niñas agresoras, hay que tenerse en cuenta que resulta más difícil descubrirlas, ya que estas se sirven de medios menos visibles de hostigar, como la calumnia, la propagación de rumores y la manipulación de las relaciones de amistad en clase.

Sierra (2009), continuando con las características referidas por Olweus, menciona

que en general, los alumnos agresores, suelen tener las siguientes o más características: físicamente, pueden ser más fuertes que sus compañeros de clase y que sus víctimas en particular, pueden ser de la misma edad o un poco mayores que ellas, con buen desempeño en los juegos, los deportes y las peleas, necesitan imponerse mediante el poder y la amenaza, así como conseguir lo que se proponen. Pueden valerse de su superioridad real o imaginaria sobre otros alumnos, son malgeniados, se enfadan con facilidad, son impulsivos y poco tolerantes a la frustración, les cuesta adaptarse a las normas y aceptar las contradicciones. Con los adultos suelen tener una actitud hostil, desafiante y agresiva, (incluso con sus padres y maestros) y pueden llegar a atemorizarles (según la edad y la fuerza física del joven). Son convincentes para salirse de “situaciones difíciles”, se les considera rudos, duros, y muestran poca simpatía por los alumnos que sufren de las agresiones. Por lo general tienen una concepción positiva de sí mismos, suelen adoptar conductas de tipo antisocial, incluido el robo, tienen malas compañías, con frecuencia cuentan con el apoyo de un grupo de compañeros. Los agresores son menos populares en las escuelas de primaria, su rendimiento académico puede ser normal, o estar por debajo o por encima del promedio en los grados de primaria, mientras que en la secundaria, con frecuencia obtienen notas más bajas y desarrollan una actitud negativa hacia la escuela.

En general, esto es lo que plantea Dan Olweus, en relación con los perfiles típicos de los niños agresores y de sus víctimas.

El perfil personal incide en los agresores

Sin embargo, en otras investigaciones se han podido establecer otros rasgos típicos

En general, estos niños que agreden o intimidan a los demás suelen participar en actividades tales como gastar bromas desagradables en repetidas ocasiones a sus víctimas, les llaman por apodos, los insultan, los ridiculizan, los desafían, los denigran, los amenazan, les dan órdenes, les dominan y subyugan.

para estos protagonistas del fenómeno de la violencia escolar. Tal es el caso de Mooij (1997), quien plantea que una de las causas de la conducta antisocial pueden ser observadas en la persona en cuestión, es decir, el perfil personal puede tener una importante relevancia en este hecho. Entonces, las variables significativas pueden ser las biológico-culturales, como el género (siendo de más riesgo el masculino) y los factores emocionales y sociales que tienen un impacto sobre el individuo.

Un factor importante estriba en la relación que se establece entre la madre y el bebé, y en particular en la tendencia de la madre por dominar e infligir castigos crueles al niño. Se presentan también procesos de poder e identidad dentro del propio grupo infantil (deseo de impresionar a los amigos, conciencia de falta de control social y conocimiento del riesgo de ser descubierto, reconocimiento de que la víctima es más débil, etcétera). Los amigos, pueden forzar a otro niño a sumarse a una conducta antisocial, como pegar o robar. Con los comportamientos antisociales, se le puede dar al niño una posición superior en la jerarquía de sus amigos (Mooij, 1997).

Algunos de los niños agresores creen que son más interesantes, y que los demás los mirarán mejor si desprecian a sus compañeros, les buscan defectos, se burlan de ellos, estropean sus cosas, los aíslan porque no son como ellos, o porque creen que estos no podrán defenderse de ninguna forma ante sus burlas o amenazas. En realidad este tipo de niños no tienen verdaderos amigos. Los que son sus secuaces, puede que lo hagan por miedo o porque no sabrían cómo hacer sus propios amigos y se apoyan en el poder del otro para hacerse un poco más importantes.

A la hora de brindar una descripción de las víctimas y agresores, se puede optar por analizar características a diferentes niveles, por ejemplo aspectos psicológicos, biológicos o sociopsicológicos. Otras variables pueden ser la estructura y la interacción familiar, la integración escolar, la autoestima, etcétera. Farrington (1993), citado por Campart y Lindström (1997), señala que hay una tendencia a que las víctimas de la intimidación tengan ligeramente más signos de deficiencias físicas que otros estudiantes. Tienden a tener baja autoestima, ser impopulares entre sus compañeros, tener pocos amigos, con redes sociales entre compañeros y profesores muy pobres, y sus relaciones con sus padres suelen ser más estrechas que los demás.

En relación con los agresores, se inclinan a una baja integración escolar, y varios de ellos han participado en actos delictivos. Los niños están más representados como víctimas y como autores que las niñas. En cuanto a las características familiares, estos autores no encuentran diferencias significativas; sin embargo, en cuanto a la interacción familiar, un porcentaje más alto de niños agresores indica que estos no tienen una relación muy positiva con sus padres.

Algunos de los comentarios de los niños víctimas, son los siguientes:

Cuando se meten con nosotros nos sentimos raros, débiles y torpes y creemos que no sabemos hacer nada bien, porque los abusos parecen muy populares, pero eso no es cierto. Ellos no tienen amigos, sino seguidores que así se sienten protegidos y se hacen los rudos. Si somos maltratados por algunos de nuestros compañeros y nos cuesta de nuestros sentimientos y nos callamos cuando se burlan de nosotros, nos ponen

apodos o abusan de nosotros, porque nos da miedo o vergüenza decir lo que está pasando y porque van a pensar que somos débiles, quejetas o nenitas... (Anónimo, sf).

Como ejemplo de la justificación de los seguidores de estos niños agresores, Parra et ál., (1994: 38), citan textualmente lo que un niño entrevistado menciona con respecto a las amistades de los niños agresivos:

¿Qué puede hacer un niño para vivir en un grupo como el tuyo? Pues, por ejemplo, ser el amigo del que pelea. Entonces así no le pasa nada a uno. Juan Carlos, por ejemplo, por eso empezó a echarme vainas, porque él es el amigo de Jairo. Entonces por eso Jairo llega y pelea por él. A Jairo le gusta sentirse fuerte y él es el que pelea, viene y se la vela a todos.

Se observa que algunos autores pretenden generar ciertas particularidades de los protagonistas de la violencia en las escuelas, tanto de los niños agresores como de los niños víctimas. Con esto, se entiende también que en los niños se presenta una organización social propia en la que no media ninguna figura de autoridad. Por ejemplo, tanto en los recreos como en los momentos en que los niños se encuentran sin la maestra, se genera una gran carga de acción. Se dan ciertas características en las relaciones entre los niños, se dan ciertas reglas específicas que se crean para sus juegos y sus relaciones con los demás compañeros, vivencian a su manera las situaciones de conflicto, y se observa cómo interiorizan los valores que la sociedad les ofrece y cómo interiorizan y trasladan los valores que la sociedad les presenta.

A través de las voces de los niños se puede descubrir la cultura de su organi-

zación social. En los grupos se empieza a dar el fenómeno de “el duro del salón”, quien es un líder que debe mostrar ante los demás que él es fuerte para pelear. El grupo también ejerce una presión sobre estos niños para que mantengan su puesto. Todos lo ponen a prueba para que pelee (Parra et ál., 1994).

Para concluir, se puede citar otro comentario de una entrevista realizada sobre este tema por los mismos autores, en la cual se evidencia la particularidad de las relaciones entre los niños, cuando no se encuentran frente a una figura de autoridad:

- Hay alguien que por ejemplo a ellos les gusta fregarlo porque ven que se la pueden montar, como decimos nosotros. Entonces muchas veces se dejan. Jairo es el que siempre busca y les pega a todos.
- Entonces ¿Jairo es como una especie de autoridad cuando ustedes están solos?
- Sí, y también Alex. Pero eso funciona mal porque Jairo como es el fuerte tiene derecho a, por ejemplo, pegarle a uno sin derecho a uno hacerle nada porque si no él le pega a uno (Parra et ál, 1994: 309).

Con lo anterior se pretende brindar al lector una idea general del fenómeno de la violencia escolar, presentando diferentes contextos investigativos, que se han empleado para el abordaje e intervención de dicho fenómeno en las escuelas del mundo. A partir de esta base, se busca lograr una descripción detallada de las características típicas de los niños víctimas y de los niños agresores, para que así mismo se puedan proponer estrategias de intervención y alternativas de solución a la problemática de la violencia en las instituciones educativas.

Se pretende brindar al lector una idea general del fenómeno de la violencia escolar, presentando diferentes contextos investigativos, que se han empleado para el abordaje e intervención de dicho fenómeno en las escuelas del mundo.

Bibliografía

1. Angulo, B. (2003). Violencia escolar, un fenómeno mundial. En *Aula Urbana*, (40), 20-21 (abril-mayo). Bogotá: Magazín IDEP.
2. Anónimo (1997). Juegos peligrosos. En *Revista Semana*. Información de Colombia y el mundo. Edición, (803), 36-40 (septiembre 22-29), Bogotá.
3. Anónimo (sf). El fenómeno “bullying”. Maltrato e intimidación entre escolares. [En línea]. <http://averroes.cec.junta-andalucia.es/san.hermenegildo/bullying.htm>.2003.
4. Armenta, T. (1999). *Prevención de violencia y maltrato escolar*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Centro Universidad Abierta.
5. Blanco, C.; Docal, M.; Villamizar, M. (sf). *Marginalidad y violencia*. Bogotá: Instituto de Estudios Sociales Juan Pablo II.
6. Cajiao, F. (1996). Atlántida: una aproximación al adolescente escolar colombiano. En *Revista Nómadas*, (4), 53-65. Jóvenes, cultura y sociedad. Bogotá: Fundación Universidad Central, Departamento de Investigación Universidad Central (DIUC).
7. Camargo, M. (1997). Violencia escolar y violencia social. En *Revista Colombiana de Educación*, (34), 5-24. Bogotá: Centro de Investigaciones de la Universidad Pedagógica Nacional (CIUP).
8. Campart, M., Lindström, P. (1997). Intimidación y violencia en las escuelas suecas. Una reseña sobre investigación y política preventiva. En *Revista de Educación*, (313) (mayo-agosto). *La violencia en los centros educativos*. España: Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Cultura.
9. Daza, G. (1995). La violencia como efecto de socialización. En *Revista Nómadas*, (2), 22-31. Bogotá: Departamento de Investigaciones Universidad Central (DIUC).
10. Debarbieux, E. (1997). La violencia en la escuela francesa: análisis de la situación, políticas públicas e investigaciones. En *Revista de Educación* (313) (mayo-agosto). *La violencia en los centros educativos*. España: Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Cultura.
11. Fernández, R. (sf). La violencia en los colegios. Una revisión bibliográfica. [En línea] HYPERLINK “http://averroes.cec.junta-andalucia.es/san_hermenegildo/violen.htm” __http://averroes.cec.junta-andalucia.es/san_hermenegildo/violen.htm_. 2003
12. Funk, W. (1997). Violencia escolar en Alemania. Estado del arte. En *Revista de Educación*, (313) (mayo-agosto). *La violencia en los centros educativos*. España: Centro de publicaciones del Ministerio de Educación y Cultura.
13. Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico (IDEP). (1999). *Vida de maestro. Violencia en la escuela*. Bogotá: IDEP.
14. Marland M. (1997). El matoneo en los colegios y el maltrato infantil. En *Revista de la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis*, 22 (2). Bogotá: Editora Guadalupe Ltda.
15. Medina, C. (1991). Escuela y violencia: una reflexión desde la cotidianidad escolar. En *Educación y cultura*, (24), 32-38. Revista del Centro de Estudios e Investigaciones Docentes de la Federación Colombiana de Educadores. Escuela y Violencia. Colombia: Fecode.
16. Mejía, S. (1997). *Investigación sobre el maltrato infantil en Colombia* (Tomo I). Colombia: Instituto Colombiano de Bienestar Familiar.

17. Mejía, S. (1999). Matoneo en la escuela. En *Vida de maestro, violencia en la escuela*, Tomo I. Bogotá: Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico (IDEP).
18. Mooij, T. (1997). Por la seguridad en la escuela. En *Revista de Educación* (313) (mayo-agosto). *La violencia en los centros educativos*, España: Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Cultura.
19. Noticias RCN. (1998). Noticiero RCN, Colombia: Canal RCN.
20. Olweus, D. (1998). *Conductas de acoso y amenaza entre escolares*, Madrid: Morata.
21. Organización de Estados Iberoamericanos (OEI). (1999). Comportamiento antisocial en los centros escolares: una visión desde Europa. En *Revista Iberoamericana de Educación*, (18). Ciencia, tecnología y sociedad ante la educación. [En línea]. [http://_HYPERLINK "http://www.campus-oei.org./oeivirt/rie18a09.htm" __www.campus-oei.org./oeivirt/rie18a09.htm_.2003.](http://_HYPERLINK%20%20http://www.campus-oei.org./oeivirt/rie18a09.htm)
22. Ortega, R. (1997). El proyecto Sevilla antiviolencia escolar. Un modelo de intervención preventiva contra los malos tratos entre iguales. En *Revista de Educación*, (313) (mayo-agosto). *La violencia en los centros educativos*. España: Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Cultura.
23. Ortega, R.; y Mora-Merchán, J. (1997). Agresividad y violencia. El problema de la victimización entre escolares. En *Revista de Educación*, (313) (mayo-agosto). *La violencia en los centros educativos*. España: Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Cultura.
24. Parodi, M. (1999). Las claves las tienen los niños. En *Vida de maestro. Violencia en la escuela*. Bogotá: IDEP.
25. Parra, R.; González, A; Moritz, O.; Blandón, A.; y Bustamante, R. (1994). *La escuela violenta*. Colombia: Fundación FES.
26. Rodríguez, L. (1997). El matoneo. El niño atropellado. En *Revista de la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis*, 22 (2). Bogotá: Editora Guadalupe Ltda.
27. Ruiz, J. (2002). Violencia armada en escuelas: elementos para la perfilación. En Simposio Nacional de Psiquiatría y Psicología Forense. Bogotá: Universidad de La Salle.
28. Sierra, C. (2009). Manifestaciones de violencia en la escuela primaria: elementos de perfilación de víctimas y agresores. En *Revista Panorama*, (7) (noviembre). Bogotá: Politécnico Grancolombiano. Editorial.
29. Trianes, M; Muñoz, A. (1997). Prevención de violencia en la escuela: una línea de intervención. En *Revista de Educación*, (313) (mayo-agosto). *La violencia en los centros educativos*. España: Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Cultura.
30. Valdés, M. (1991). La violencia ronda la escuela. Los niños no solo la padecen, la asumen. En *Educación y cultura*, (24), 12-17. Revista del Centro de Estudios e Investigaciones Docentes de la Federación Colombiana de Educadores. Escuela y Violencia. Colombia: Fecode.
31. Yorke, C. (1997). ¡Al caído, caerle! un acercamiento psicoanalítico a los problemas del matoneo. En *Revista de la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis*, 22 (2). Bogotá: Editora Guadalupe Ltda.